

De Tlapacoyan a Paso de Novillos

» A visión del historiador

ALFONSO DIEZ GARCÍA
CRONISTA DE TLAPACOYAN
ALFONSO@CODIGODIEZ.MX



¿Cómo eran Tlapacoyan, La Palmilla y Martínez de la Torre después de la Batalla de Tlapacoyan? Nos hemos referido en crónica anterior a la gesta que culminó el 22 de noviembre de 1865 con la derrota de las fuerzas de la República y de los voluntarios tlapacoyenses por parte de los invasores austriacos.

Durante los primeros meses de 1874, Antonio García Cubas recorrió las poblaciones que encontró en su camino hacia la costa, desde Perote, pasando por Teziutlán y luego Tlapacoyan y sus congregaciones, que incluían Tomata, El Jobo, Palmillas, Paso de Novillos (hoy Martínez de la Torre), El Pital y Zopilotes (el actual San Rafael).

La descripción que el historiador hizo de Tlapacoyan cuando la vio por primera vez, bajando de Teziutlán, es la siguiente: Vista la población de Tlapacoyan desde alguna colina, ofrece el más delicioso aspecto. Sumergidas sus casas entre el follaje de los árboles, apenas se descubren los techos de algunas y sus calles cercadas por la muy original planta llamada pochiche y por los floridos árboles de piocha. El pochiche



El Jobo al comenzar el siglo veinte (Paisaje Agua de Obispo).

es un árbol sin follaje durante la eflorescencia. En cada extremidad de sus ramas brota una flor amarilla, de la forma y tamaño de la dahalia, y cuando acaban las flores, el árbol se cubre enteramente de follaje. La sierra de Teziutlán, con sus avanzados centinelas, los dos cerros, se levanta imponente al ocaso de Tlapacoyan, mientras que por el Norte y Sur limitan el

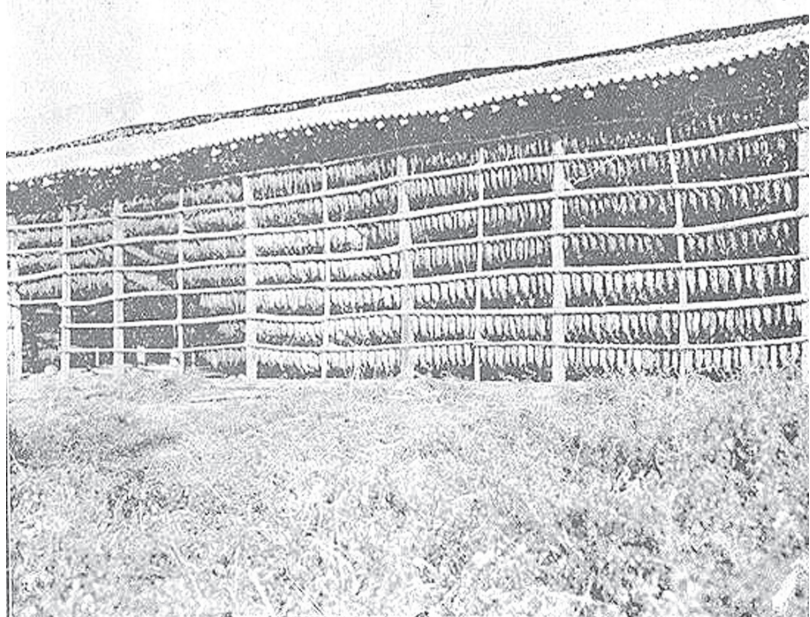
valle las eminencias cuyos pies bañan los ríos María de la Torre y Bobos. Por el Noreste se dilatan sus horizontes hasta el mar, extendiéndose sus ricas vegas, y distinguiéndose en elevada posición la hacienda del Jobo.

García Cubas se enamoró de lo que había encontrado y dejó testimonio de que si ante la vista de tan bello panorama “se siente embriagada el alma, mayores encantos y sorpresas preparan al ávido viajero los alrededores de Tlapacoyan. A cuatro kilómetros al sur de esta población se encuentra el pintoresco pueblo de Tomata, con su rústica capilla, a la cual sirve de campanario una pequeña torre improvisada, con troncos de árbol. Desde Tlapacoyan al pueblo se camina por un sendero cercado por árboles de piocha que, cargados de flores, embalsaman el ambiente, dejándose ver por el lado opuesto a la florida cerca, la pintoresca, profunda y frondosa cañada que forma el lecho del río de Bobos. Dos lugares, por la suma belleza de su paisaje, obligan al caminante a detener su marcha: la cañada del Salto de Tomata y el plan de Totoapa. Para poder admirar en toda su grandeza la caída del agua, preciso es descender de la montaña al plano superior del río de Bobos”.

De los usos y costumbres de los habitantes de Tlapacoyan, Cubas decía que una gran parte de estos se ocupaban en el cultivo del tabaco y del café y en la elaboración de puros, “y los otros se emplean en el comercio”; pero lo que más le llamó la atención fue “la raza indígena, tanto por sus costumbres como por sus trajes”.

A Cubas le causaron una mejor impresión las mujeres tlapacoyenses; decía que “los hombres, menos activos e industrioses que las mujeres, se dedican a las labores del campo y visten sencillamente calzón blanco de manta y cotón de lana, negro o café. Las mujeres, mucho más aseadas que los hombres, usan enaguas y quichquemel de lienzo blanco; traje sencillo que convierten en elegante vestido los domingos y días de celebración de sus fiestas. Atraen verdaderamente la atención en tales días, viéndoselas errantes por la población, casi siempre acompañadas de dos en dos y yendo y viniendo a la iglesia y a las tiendas, haciendo ostentación de sus primorosos trajes. Se componen éstos de la enagua blanca terminada en una faja de cuadros azules o rojos y de un elegante güipil que desciende en airosos pliegues hasta la rodilla, y el cual se ve curiosamente adornado con tejidos de cordones y cintas de diverso color, que forman las más vistosas labores. Hilos de rosarios rodean sus cuellos, no siendo aquéllos otra cosa que unos collares de coral, de cuentas, de chaquiras, y de pequeñas monedas de plata, en tanto que adornan sus orejas largos pendientes de metal sobredorado, y por último, el mastahual, redécilla de cintas, recoge las bien tejidas trenzas de su luciente y negro cabello que tan bien cuadra a la limpia y morena tez de su rostro”.

Rafael Martínez de la Torre era el dueño de la hacienda El Jobo en 1874 (murió el 25 de noviembre de 1876). Siete años antes había sido defensor de Maximiliano y tras la ejecución de éste temía la furia de Benito Juárez, así que se fue a Europa: El



Galera para secar tabaco en la hacienda El Jobo al terminar el siglo XIX.

Jobo lo había comprado en 1857 al apoderado y posible hijo de Guadalupe Victoria, Francisco de Paula López Romero y en 1874 organizaba una fiesta en la hacienda a la que invitó al historiador; éste se refiere de la siguiente manera al hecho:

“Comienzan los linderos de la Hacienda del Jobo a un kilómetro de la hacienda de Tlapacoyan. Hállase situada la capilla y casas de la hacienda sobre una loma a 6 kilómetros de Tlapacoyan y a los 20° 00' 48" 99 de latitud Norte y 1° 58' 18" 3 longitud Este de México.

“La capilla es de muy buena construcción, la cual, vista desde lejos, ofrece un aspecto agradable por las dos torres que la coronan.

“La casa, cómoda e igualmente bien construida, tiene un precioso jardín engalanado con las más preciosas flores, tulipanes dobles, rojos y amarillos, el aromático nardo, la preciosa ninfa que dura todo el año, el encendido clavel, la fragante rosa de Bengala, el morado y gracioso zapatillo de la reina, la elegante acacia, y en fin, otras muchas plantas y enredaderas cercadas por piñales y esbeltos bananos, por el zacate de la playa y el frondoso árbol del mango, recrean la vista con sus vivísimos colores y embalsaman el aire con sus gratísimos perfumes.

“Desde el extenso mirador que va al Oeste, se goza de la agradable perspectiva de las costas, cuyos horizontes se dilatan en la inmensa superficie del océano. Si a esto se agrega, las maneras afables y corteses del administrador de la hacienda, don Roque Salazar y de su digna familia; las atenciones y cuidados que al caminante prodiga ese inteligente cuanto modesto agricultor, considerado en la comarca como el patriarca del Jobo, la permanencia en la hacienda no puede menos que hacer pasar las horas de la vida, bellas y en extremo agradables.

“La hacienda del Jobo cuenta con 286 habitantes”.

Se refiere después en su mismo característico lenguaje arcaico a las tierras de El Jobo y de la Palmilla y dice que son esencialmente azucareras, y poseen las ventajas de poder ser regadas por las aguas del río de Bobos, y por consiguiente susceptibles de sacar de ellas óptimos frutos. “Así lo comprendió el señor Martínez de la Torre, y al efecto, por su orden, se han hecho ya las debidas plantaciones de caña, se ha levantado la casa del director y puesto los cimientos para las oficinas correspondientes, debiendo elaborarse la azúcar por los mejores y más nuevos procedimientos”.

“Nunca he presenciado mayor alegría y entusiasmo, como el que manifestaron todos los individuos que del Jobo, del Cañizo, de Paso de Novillos y del Pital, concurren a la colocación de la primera piedra. Aquella ceremonia fue una verdadera fiesta, en que el regocijo no conoció límites”.

Se había puesto la primera piedra de lo que sería el ingenio que se construyó en La Palmilla. Asistió el cura de Tlapacoyan, presbítero Manuel de la Villa; un señor Sánchez Facio acudió representando a la autoridad de Tlapacoyan y habló a la concurrencia. Se levantó un acta de lo que sucedió aquel día, firmada por duplicado; una de las copias se le entregó a Martínez de la Torre y la otra quedó sepultada bajo la primera piedra, donde a la fecha debe de estar todavía. El acta decía así:

«En el año de 1866 este lugar era montuoso y despoblado. Durante la administración del señor don Roque Salazar se hizo el desmonte y la limpia, y el aspecto risueño y pintoresco que hoy presenta, es debido a su cuidado y al impulso que ha querido dar a la finca su propietario, para quien es un bien querido al que están ligados los recuerdos tiernísimos de la familia.

«Hoy, en medio de una fiesta sencilla, se ha colocado la primera piedra de esta fábrica que dará a estas comarcas, privilegiadísimas por la naturaleza, la vida del comercio, siendo el asilo donde encuentre el obrero un trabajo que proporcione a su familia el pan y la tranquilidad. Los que suscribimos, testigos presenciales de esta ceremonia, solemne en medio de su sencillez, llenos de fe en el porvenir, hacemos votos por la prosperidad de este establecimiento, y porque la generación que encuentre este escrito no deba su descubrimiento a la investigación de ruinas causadas por el soplido destructor de las revoluciones, sino a una nueva empresa de mayor magnitud, que siendo la continuación de la presente, perpetúe la voluntad de su fundador al construir este templo del trabajo.

«Apadrinando este acto el súbdito español don Vicente Llaguno, y asistiendo a él el digno cura párroco del pueblo de Tlapacoyan, presbítero don Manuel R. de la Villa, de la misma nacionalidad, se han asociado de esta manera a una obra en la que, como en todas aquellas que tienen por objeto la regeneración de los pueblos por medio del trabajo, no se reconocen nacionalidades ni categorías, debiendo todos los hombres contribuir a ellas con todas sus fuerzas donde quiera que puedan utilizarse.

«Hízose esta inauguración bajo la presidencia del estimable C. Manuel Mendoza Aguilar, presidente del ayuntamiento de la municipalidad de Tlapacoyan.

«¡Dios conceda prosperidad a esta obra para bien de estas comarcas y satisfacción de su fundador y de sus descendientes!

«Ingenio de la Palmilla, Marzo 27 de 1874. -Siguen muchas firmas».

Manuel Mendoza Aguilar fue presidente de Tlapacoyan 1865 a 1872 y efectivamente, lo era cuando se puso la primera piedra, en 1866, un año después de la Batalla de Tlapacoyan, pero no en 1874, cuando García Cubas da testimonio de la firma, que se hizo en realidad durante la inauguración del ingenio; en este último año el presidente de Tlapacoyan era

Alejandro Marín y no sería sino hasta el siguiente año cuando ocuparía por primera vez la presidencia Luis escobar Toledano, quien la ocupó diez veces más, hasta 1907 y murió en 1917, cuando la Constitución determinó la creación del cargo de presidente municipal, electo por la población.

El historiador habla también de Paso de Novillos, de la siguiente manera:

“Paso de Novillos, a 4½ kilómetros de la anterior, es uno de los lugares más importantes de esta costa, así por sus ricos elementos como por su población, que asciende a 421 habitantes. Industrioses y activos sus moradores, han secundado con entusiasmo los esfuerzos del señor Martínez de la Torre en provecho de la colonización. En terrenos de la hacienda, los ingenieros que para el efecto sostiene allí aquel emprendedor y útil ciudadano, han hecho los trazos convenientes para una hermosa población, que será, sin duda alguna y dentro de pocos años, una de las más ricas del cantón de Jalacingo. Este lugar llevará en lo sucesivo el nombre de «Concepción Papanotitlán».

Ocho años después de esta caminata sería creada la ciudad que no llevó el nombre de Concepción Papanotitlán, sino de Martínez de la Torre, en lo que antes se llamaba Paso de Novillos, el 27 de octubre de 1882.



Rafael Martínez de la Torre.